

CULTURA, IDENTIDAD Y DESARROLLO.

RESUMEN

Las transformaciones y rupturas que han acontecido en los últimos años, nos enfrentan con desafíos para los cuales es necesario elaborar nuevos conceptos acerca de las re-definiciones en el campo de la cultura.

El desafío anterior se puede formular como el esfuerzo por incorporar en el análisis de las ciencias sociales la dimensión histórica y actual de los procesos culturales, desde la perspectiva del contexto contemporáneo, lo cual es indispensable para abordar las complejidades que obligan a concebir relaciones entre cultura y sociedad, cultura y desarrollo, cultura, identidad y globalización, para asumir el conjunto de aspectos que condicionan hoy la cultura como eje transversal de la sociedad.

La auto-reflexión sobre la especificidad de la cultura y su función como elemento de transformación y creación de proyectos sociales obligan a considerar que el sujeto social, es constructor de su autodesarrollo. El conocimiento de la relación entre cultura y sociedad, no se puede discutir sin previamente resolver, el ámbito restringido de las ciencias sociales, que necesitan ampliar las reflexiones científicas hasta el propio sujeto constructor.

El desenvolvimiento de las ciencias sociales en su expresión, ya sea filosófica, epistemológica o social debe exaltar el papel del saber hacer y el saber pensar para colocarse ante la realidad del hombre y la cultura en los diferentes ritmos temporales, ya sea al interior de cada momento histórico o en la perspectiva longitudinal del espacio en el aquí - ahora y en el mundo de la vida.

Abstract

The transformations and ruptures that have occurred in the last years, face us with challenges for which it is necessary to elaborate new concepts about the re-definitions in the field of the culture.

The previous challenge can be formulated as the effort to incorporate in the analysis, from the social sciences, the historical and current dimension of cultural processes, from the perspective of the contemporary context, which is indispensable to address the complexities that force to conceive relationships Between culture and society, culture and development, culture, identity and globalization, to assume the set of aspects that today condition culture as the transversal axis of society.

Self-reflection on the specificity of culture and its function as an element of transformation and creation of social projects make it necessary to consider that the social subject is a constructor of self-development. The knowledge of the relationship between culture and society can not be discussed without previously solving the restricted field of social sciences, which need to extend scientific reflections to the constructive subject itself.

The development of the social sciences in its expression, whether philosophical, epistemological, or social, should exalt the role of know-how and know-how to stand before the reality of man and culture in the different temporal rhythms, Each historical moment or in the longitudinal perspective of space in the here - now and in the world of life.

Palabras claves: Cultura, Identidad, Desarrollo

Keywords: Culture, Identity, Development

CULTURA, IDENTIDAD Y DESARROLLO.

La cultura, como parte del campo de estudio de las ciencias sociales, también tiene que llegar a nuevas reconfiguraciones conceptuales, si estas cambian con relación al sujeto y el objeto de estudio (los individuos, los grupos y la sociedad misma, su organización, su cultura, sus formas de producción económica, sus instituciones políticas), se modifican continuamente; por lo tanto, corresponde plantear una nueva concepción de cultura, extender el proceso de cambio a lo social, a lo político, a lo económico y reconocer que los conceptos expresados como producción cultural, democracia y otros, han sido reconstruidos como consecuencia de lo anterior.

La práctica cultural encuentra hoy nuevos enfoques y problemas, es vista como el lugar de encuentro donde diversos sectores de la sociedad se proyectan al futuro, expresan los conflictos de identidad, participación y crítica social.

La cultura se asienta en la construcción de un conocimiento que no sólo se ocupa de significaciones simbólicas objetivas y subjetivas de los grupos sociales, ni se limita al contexto hermenéutico, ella, a la luz de los nuevos presupuestos de las ciencias sociales debe expresar una posición capaz de intervenir en la realidad social, acorde con los acontecimientos y el devenir histórico que a lo largo del siglo XX exigen sujetos cuyos proyectos sean la expresión del proceso social- económico-político – y de su realidad histórica concreta.

Estas consideraciones llevan a los estudiosos de la cultura a la urgencia de redefinir el discurso de esta área de conocimientos, de expresar una nueva opción social que permita entender la realidad de lo cultural y orientarla hacia la construcción de un cómo, por qué, y para qué de esa producción de conocimientos.

El carácter polisémico y la heterogeneidad de las acepciones de cultura requiere aproximaciones históricas, contextuales y/o teóricas a los conceptos de esta área de conocimientos. Tal vez la riqueza de estas definiciones se encuentra en su alto grado de diversidad e imposibilidad de hallar un consenso definitivo sobre los contenidos y fines últimos de la cultura. Es necesario analizar con detenimiento la significación de la cultura, por lo que ella representa en el intercambio entre la sociedad y el devenir histórico

La cultura es el campo propicio para trabajar sobre lo que nos une, porque ella expresa el modo de ser de un pueblo, el modo en que se relaciona con su entorno, es una construcción histórica, el horizonte simbólico donde un grupo humano organiza y construye su existencia. Se convierte, además, en la memoria colectiva que hace posible la comunicación entre los miembros de una sociedad históricamente ubicada, crea comunidad de sentidos, permite la adaptación a un entorno natural y da capacidad para argumentar racionalmente los valores implícitos en la forma prevaleciente de las relaciones sociales.

Cultura es memoria, es identidad, el espejo donde se mira la comunidad para reconocer su pertenencia a un horizonte simbólico común.

La cultura constituye una de las dimensiones que integran más factores a la solución de problemas. Porque ella se vincula con las situaciones económicas, políticas, sociales y desde luego, con la formación ético — moral ciudadana. Es un proceso dinámico, en el que los individuos socializados se organizan mediante un sistema de formas simbólicas aceptadas mutuamente. (Russeau & Navarro, 2010, pág. 22)

Aproximación teórica al concepto de Cultura.

A diferencia de la Paideia griega y el Cultus Anima de los latinos, donde el sentido de la cultura es armonizarse o cultivar una naturaleza dada de antemano, la noción predominante de cultura en la modernidad considera que ésta nos independiza de la naturaleza animal para configurar lo verdaderamente humano. Se trata de ver que, gracias a la cultura, se supere el animalitas para llegar al humanitas. La cultura moderna es el cultivo de la "espiritualidad" humana; la cultura en la modernidad es el camino hacia la humanización. Dentro de esta perspectiva moderna de cultivar el humanitas, a partir del siglo XVIII se abren dos grandes tradiciones del pensamiento occidental en torno a la cultura que marcan sus huellas hasta hoy: una tradición que podríamos llamar ilustrada (**Voltaire, Kant**), y otra tradición romántica (**Rousseau, Herder**).

La tradición ilustrada insiste en la noción de universalidad y con ella la de razón y naturaleza iguales para todos los hombres, pero, al mismo tiempo, considera que algunos pueblos habían desarrollado más esa razón, así como los elementos propios de su naturaleza espiritual. Como resultado de esta valoración, caracteriza a Europa como la verdadera civilización, mientras que los demás pueblos aparecen como atrasados e inclusive como bárbaros o salvajes. Identifica cultura con civilización europea y dará lugar a la oposición entre naturaleza y cultura, pueblos cultos e incultos. (OEI, 2001)

La tradición romántica inspirada en Rousseau y desarrollada profundamente por Johann G. Herder (1744 - 1808), discute el universalismo y valora la diversidad de culturas. Este último autor, critica la noción de continuidad para comprender los procesos históricos y muestra cómo, por el contrario, cada cultura no ha sido históricamente la continuación de la anterior, sino cada una

ha llegado al máximo de su perfección y ha sido insuperable, cuestionando desde esa perspectiva la idea de progreso. Herder opone a la fría razón, a la uniformidad y a la continuidad, la fuerza de los instintos, la vida y el valor de las costumbres, mostrando cómo cada cultura es autónoma y no puede ser juzgada con los parámetros con los cuales se juzgan otras culturas. (OEI, 2001).

Fueron finalmente los conceptos de universalidad y progreso los que se impusieron durante el siglo XIX, y con ello el predominio de la noción ilustrada de cultura. El peso de la tradición ilustrada conllevó las siguientes consecuencias:

- + La cultura es una, única y universal;*
- + Las artes, las ciencias y los libros son la forma más alta de cultura;*
- + La cultura ilustrada europea conforma un tipo de cultura "avanzada", "civilizada" o "superior";*
- + Existe progreso cultural y sus parámetros son la civilización europea. (OEI, 2001).*

*Pero ya a finales del siglo XIX, como hace notar el antropólogo **James Clifford**, se produce en el campo de la filosofía, las ciencias sociales y el pensamiento en general un inédito acontecimiento relacionado con la palabra cultura: empieza a utilizársele en forma plural, culturas, y en un sentido mucho más amplio que ciencias y artes. Ya en 1871, en sus estudios antropológicos, **E. B. Tylor** propone un concepto bastante amplio de cultura: La cultura o civilización, en sentido etnográfico amplio, es aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad. (OEI, 2001)*

Contexto Contemporáneo

M. Scheller (1999) afirma: *"cultura es una categoría del ser, no del saber o del sentir"*. Elliot (2003), aludiendo a su condición afectiva nos dice: *"cultura es aquello que hace que la vida valga la pena de ser vivida"*. A. Weber, desde una visión histórica afirma: *"nuestra cultura arraiga en las culturas primitivas"*. Para E. Cassirer (1979): *"la cultura forma parte de la naturaleza y parte de la humanidad"*.

El etnólogo Malinowski (1973) considera que:

evidentemente es el conjunto integral constituido por los utensilios y bienes de los consumidores, por el cuerpo de normas que rige los distintos grupos sociales, por las ideas y artesanías, creencias y costumbres. Ya consideremos una muy simple y primitiva cultura o una extremadamente compleja y desarrollada, estaremos en presencia de un vasto aparato, en parte material, en parte humano y en parte espiritual, con el que el hombre es capaz de superar los concretos, específicos problemas que lo enfrentan. (Malinowski, 1973).

Pero es a partir de la década de los setenta de este siglo y motivada, entre otras razones por el debate Modernidad- Postmodernidad, se revitaliza la discusión cultural en ejes más allá de la extensividad del concepto. George Steiner, en su ensayo de 1971 "En el Castillo de Barba Azul: una aproximación a un nuevo concepto de cultura", sostiene que el quiebre o derrumbe de tres axiomas de la modernidad alteran necesariamente nuestra visión de la cultura. Primero, se ha perdido o al menos está decididamente dañado el axioma del progreso que concebía la historia occidental como una curva permanente de ascenso. Segundo, ya no se acepta la proyección según la cual el progreso necesariamente habrá de difundirse

desde los centros privilegiados a todos los hombres. Tercero, ya no se puede apelar sin excesiva reserva al programa educativo del humanismo que sostenía que la ignorancia racional e ilustrada era la fuente de la crueldad y la barbarie; el tipo de conocimiento y formación otorgado por esa educación humanística no ha disminuido los niveles de violencia e injusticia en las sociedades occidentales contemporáneas. (OEI, 2013, pág. 6)

La pérdida de confianza en estos tres axiomas de la modernidad ha situado el debate cultural contemporáneo en cinco profundos problemas:

En el texto *Cultura, Teoría y Gestión* (Abello, et al, 1998, p) se manifiesta que a mediados de los años setenta la noción de cultura estuvo vinculada a cinco importantes problemas del fin del siglo XX, los cuales se pueden relacionar de la siguiente manera:

- Las relaciones existentes y las deseadas entre naturaleza y cultura.
- Los problemas relativos al antropocentrismo y etnocentrismo.
- Los fenómenos de la multiculturalidad e interculturalidad.
- Los nexos actuales entre la cultura y el desarrollo.
- La construcción de una noción extensa, pero con rasgos distintivos de lo cultural.

En este sentido, y al tener en cuenta los anteriores núcleos polémicos, la nueva concepción de cultura es -vista como un proceso inherente a la dinámica de los grupos, con gestación y evolución propia, desarrollada a través de múltiples expresiones y en diversos ámbitos de la vida donde se construyen los procesos de organización,

desarrollo social y las diversas formas de expresión individuales y colectivas- requiere una redefinición que propicie desde la práctica un espacio donde los grupos sociales se proyecten al futuro, donde se expresen práctica e imaginariamente los conflictos de identidad, la participación crítica y el consenso de los diversos sectores de la sociedad (Abello, et al., 1998).

De manera necesaria, lo *cultural* forma parte de los procesos sociales, como espacio de elaboración simbólica, de estrategias y prácticas que contribuyen a gestar el campo de acción, de las colectividades y pueblos. Es así como la definición del concepto de cultura hay que insertarlo en el conjunto de alcances significativos que representan imaginarios y expresan discursos que son el resultado de la praxis social, dada en el accionar de los colectivos que conformados como tal, producen alcances que fijan la praxis, es decir, la experiencia y los procesos sociales

Desde esta perspectiva, se pueden considerar cuatro categorías de significaciones, creencias o códigos que recorren el orden científico como el camino de la esfera racional que permite saber, saber hacer, saber pensar, como expresión del desarrollo del pensamiento, expansión de la creatividad y la inteligencia. El espacio referido a la estética, la expresión y las comunicaciones, donde se manifiestan todas las formas de lenguaje oral, y artístico con base en los procesos que indican emoción, intuición, estética, belleza, gusto. Los elementos que integran lo social, como las leyes, las ideologías de los diferentes colectividades sociales y grupos étnicos, las costumbres, los afectos, los espacios de sociabilidad y otros que conforman el transcurrir de la vida cotidiana. Por último, el meta-saber y la meta-creencias, ambas referidas a un nivel de generalidad del saber y del creer, que posibilita la opción de una cosmovisión del

mundo que incluye la filosofía, como la ciencia de las ciencias, lo más racional del saber, la sabiduría en su relación con el actuar en la vida y la religión, como la organización social de la esperanza expresada en los sentimientos de aceptación, convivencia, fe.

Este análisis de la cultura como significación, la concibe como discurso, representación y expresión, es decir, como tejido de significaciones conscientes o inconscientes que fundan las prácticas y los procesos sociales y que ocurren tanto en las instituciones que se insertan en la órbita del mundo de los sistemas (mundo de lo económico, mundo de lo político y mundo regulado de las relaciones sociales como procesos codificados de socialización), como en el mundo de la vida (familia, ocio, amor, amistad).

Al pensar así la dimensión cultural, se respeta aquella tradición de la filosofía hermenéutica que, desde Rickert a Cassirer o a Gadamer concibe la cultura como producción e interpretación de sentido, lo mismo que a la filosofía analítica que la examina como juegos de lenguajes. Al mismo tiempo, dicha visión da cabida a todas aquellas teorías del estructuralismo y del post-estructuralismo que insisten unas en el orden de los significados o significantes, en la acción comunicativa, en la deconstrucción y en la arqueología de los discursos.

Pero, además, dicha concepción posee la ventaja estratégica de pensar la cultura en todas sus expresiones como la quintaesencia de un orden social que se concibe en ellas y, por tanto, susceptible de modificarse en la medida en que por el diálogo y la comunicación se reinterpretan los sentidos que lo constituyen.

“...El análisis de la cultura no es una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. *“Todos nacemos en comunidades de vida que además son comunidades de sentido porque nos van a dar instrumentos para dar sentido a la realidad de nuestro entorno”* (Sánchez, 2011). En síntesis, la cultura es el universo simbólico que el hombre ha construido durante su interacción con la naturaleza y consigo mismo; Un entramado de significados compartidos que obtienen su connotación del contexto, pero que habita en la mente de los individuos dándoles una identidad cultural específica.

Pensar la cultura es pensar una construcción humana e histórica; pensar la cultura es un intento por comprender el-los horizonte-s simbólico-s donde un grupo humano organiza su existencia. En este sentido, la cultura como memoria colectiva que hace posible la comunicación entre los miembros de una colectividad históricamente ubicada, genera comunidad de sentidos, permite la adaptación a un entorno natural y da capacidad para argumentar racionalmente las acciones, las pretensiones de validez y los valores implícitos en la forma prevaleciente de las relaciones sociales. En este orden de ideas:

la cultura es un concepto que vincula; es un campo que expresa el modo de ser de una comunidad y sus relaciones con su entorno, una comprensión del concepto de cultura como gestante de memoria y de identidad, como espejo donde se mira la comunidad para reconocer su pertenencia a un horizonte simbólico común.

(Russeau & Navarro, 2010, pág. 22)

Por eso, desde sus escenarios se desarrolla la construcción y reconstrucción de generación de sentidos sociales, así como la interacción social y las normas de convivencia que han de transformar paulatinamente los rasgos de la vida cotidiana

La cultura como ejercicio de reconocimiento de la diversidad humana.

Uno de los engaños más absurdos del discurso de la globalización, es presentar la comprensión del mundo como identidad única, con el objetivo de eliminar, borrar historias, relatos y meta relatos de los pueblos, culturas y naciones, donde los grupos y colectividades fundan y dan cimiento a sus construcciones culturales, sus memorias y su realidad social en el acontecer de su vida cotidiana. Las culturas hegemónicas presentan un panorama cultural que desvaloriza los significados y símbolos genuinos de los grupos sociales, que en desventaja económica ante el poder de las transnacionales no son tomadas en consideración, no cuentan y son reducidas a un nivel inferior. El yo de la mismidad construido se instaura a partir de una cultura que tiene pretensiones de respeto y de reconocimiento por los otros, pero si esa cultura no es valorada a nivel social, ello implica automáticamente un menoscabo en la autoestima y, por consiguiente, limitaciones para la acción social.

Hoy en día el tema de las identidades culturales y la interculturalidad se ha vuelto central tanto en el debate académico como en el debate público sobre políticas estatales. Es posible que el interés por las identidades culturales se haya acrecentado entre otros- debido a los efectos de la globalización, ya que las nuevas tecnologías de la comunicación nos hacen evidente algo que antes permanecía opaco: el multiculturalismo. De hecho, la Internet y la televisión por cable nos han mostrado que no sólo el mundo está poblado por habitantes con diversas culturas; sino que incluso, dentro de cada estado nacional encontramos diversidad cultural. Así, podemos registrar aproximadamente la existencia de 184 países, 600 familias lingüísticas y 5000 grupos étnicos. Sin embargo, es cierto también que la evidencia

del multiculturalismo ha generado apuestas diversas sobre sus efectos. Para algunos, es posible la homogeneización de las culturas a partir del modelo occidental; para otros se sucederán fenómenos de hibridación, es decir, de interpretación de los elementos de fuera para ser incorporados dentro de la propia cultura; mientras otros, advierten una respuesta cerrada frente a la globalización a través de propuestas fundamentalistas (Kogan & Tubino, 2004).

Dado en la condición de sociedades plurales que caracterizan la sociedad contemporánea en el ámbito de la cultura, entre otros, es necesario evaluar la convivencia de culturas en territorios nacionales y en el contexto de la globalización, desde la perspectiva de la construcción y reconocimiento de las identidades culturales, para asumir una valoración más objetiva acerca del ejercicio de reconocimiento de la diversidad humana.

La identidad cultural tiene que ser comprendidas en correspondencia con otras identidades que hoy toman fuerza y se refieren a identidades de género, de sexo, de etnia o raza. Existe un vínculo conceptual y práctico absolutamente necesario, a tal punto que no podemos concebir una sin las otras y viceversa. Por ello, el respeto a las identidades particulares es un requisito de la sociedad plural, que pasa necesariamente por el respeto a las diferencias culturales desde el principio de éstas construcciones. Asimismo, el desarrollo del concepto ilustrado de tolerancia hizo posible el surgimiento del concepto moderno de reconocimiento.

La tolerancia significa el respeto a lo diferente, el reconocimiento significa respeto y además aprecio de lo diferente. Por una decisión racional se puede tolerar incluso lo que se menosprecia o lo que no se comprende. A diferencia de la tolerancia, el

reconocimiento presupone la comprensión del otro, es decir, el colocarse en el lugar del otro, el ver el mundo desde el punto de vista del otro. Desde esta perspectiva, la comprensión hay que entenderla como un esfuerzo no solamente cognitivo, sino básicamente afectivo fundado en la empatía.

Lo que galvaniza hoy a las identidades como motor de lucha es inseparable de la demanda de reconocimiento y de sentido. Y ni el uno ni el otro son posibles de formular en meros términos económicos o políticos, Aquí se está refiriendo la pertenencia a un mismo núcleo de cultura donde todos pertenecen y comparten con los otros; y es por este motivo que la Identidad es una fuerza que introduce contradicciones en la hegemonía del mercado y de las comunicaciones. (Martín-Barbero, 2010, pág. 22)

Entender esta *transformación en la cultura* nos está exigiendo asumir que *identidad* significa e implica hoy dos dimensiones diametralmente distintas, y hasta ahora radicalmente opuestas. Pues hasta hace muy poco decir identidad era hablar de raíces, de raigambre, territorio, y de tiempo largo, de memoria simbólicamente densa. De eso y solamente de eso estaba hecha la identidad.

Pero decir identidad hoy implica también –si no queremos condenarla al limbo de una tradición desconectada de las mutaciones perceptivas y expresivas del presente– hablar de migraciones y movilidades, de anclaje e instantaneidad, de redes y flujos. Antropólogos ingleses han expresado esa nueva identidad a través de la espléndida imagen de *moving roots*, raíces móviles, o mejor de *raíces en movimiento*. Para mucho del imaginario substancialista y dualista que todavía permea la antropología, la sociología y hasta la historia como disciplinas, esa metáfora resultará inaceptable, y sin embargo en ella se vislumbra alguna de las realidades más fecundamente

desconcertantes del mundo que habitamos. Pues como afirma el antropólogo catalán, Eduard Delgado, *“sin raíces no se puede vivir, pero muchas raíces impiden caminar”*, (Delgado; citado por Barbero, 2002).

La identidad hoy se asocia con trayectorias y relatos, relatos que cuentan y narran historias para ser tomados en consideración por los otros, sin expresar lo que somos no podremos ser conocidos porque sin narración no hay identidad, ésta, manifiesta lo que somos, por eso la pluralidad de las culturas sólo será reconocida si podemos contar y narrar la diversidad de las identidades, tanto en los idiomas particulares como en los lenguajes multimedial y audiovisual., de lo oral al uso de las nuevas tecnologías.

La globalización pone en juego no sólo una mayor circulación de productos sino una rearticulación profunda de las relaciones entre culturas y entre países, mediante una descentralización que concentra el poder económico y una des-territorialización que hibrida las culturas. De este modo, se convive al interior de la sociedad con códigos y relatos muy diversos.

La multiculturalidad es una expresión genuina de los pueblos y las culturas, al enarbolarlas como banderas de lucha y defensa de lo propio hace estallar la amenaza que lo global planea sobre la diversidad, así como las controversias y contradictorias dinámicas que moviliza, lo cual propicia la resistencia de las colectividades sociales como rebeldía y a la vez como impulso de su construcción, ya que la globalización destruye y confunde a las identidades propias, a las identidades que han permanecido en los tiempos largos.

De esta manera, la cultura se convierte en un espacio estratégico de comprensión de las tensiones que desgarran y recomponen el “estar juntos”, en lugar de anudamiento de todas sus crisis políticas, económicas, religiosas, étnicas y

estéticas. De ahí que sea desde la diversidad cultural de las historias y los territorios, desde las experiencias y las memorias, desde donde no sólo se resiste sino se negocia e interactúa con la globalización, y desde donde se acabará por transformarla. (Martín Barbero, 2002)

El Desarrollo: Diversidad y Perspectivas

Cultura y sociedad, cultura y desarrollo, constituyen y albergan una dinámica que anuda conexiones estratégicas, porque esa dinámica plantea la copresencia en nuestros países, de comunidades cuya sensibilidad y visiones del mundo corresponden a temporalidades tanto pre-modernas como modernas y, aún postmoderna, lo que implica una multiplicidad de modos de inserción de la población (y de los individuos) en los ritmos y las modalidades del desarrollo.

Al concebir la cultura como elemento potenciador del desarrollo resulta un eje que atraviesa toda la sociedad-, es incuestionable tener en cuenta su protagonismo social. Hay que identificarla, pues, en sus vínculos con lo económico, lo político, lo social, lo ético y lo ideológico, entre otros.

La cultura es una actividad que genera significativas transformaciones en el entorno donde interviene. Su capacidad de síntesis en el proceso de desarrollo de una región le otorga la singular posibilidad de conectarse con la política integral de desarrollo del entorno correspondiente.

Como considera Martín-Barbero, si lo que identifica la fuerza del desarrollo es la capacidad de las sociedades de actuar sobre sí mismas y de modificar el curso de los acontecimientos y los procesos, hoy resulta imposible enfrentar los retos de la

globalización sin potenciar los diversos substratos culturales de cada país. Sólo una visión profundamente crítica de lo que la modernización desarrollista desplegó en nuestros países de posición excluyente entre tradición y progreso, podría hacerse cargo de la tarea decisiva que pasa por educar en una nueva concepción de cultura, en la que haga parte el conocimiento científico y la mediación tecnológica, y en una concepción de modernidad equitativa y actualizada.

El indiscutible fracaso de los modelos de desarrollo (neoliberal), que ha vivido América Latina, el Caribe y otros países en el mundo, obliga a nuevas alternativas. La vía que parece más eficiente en la búsqueda de estrategias es, sin duda, la de la cultura en tanto desarrollo cultural. Este sería, por lo mismo, un proceso dirigido a potenciar las capacidades creadoras, la circulación y la utilización de los valores culturales; a desarrollar la participación social, de forma activa y creadora y a dinamizar el desarrollo de las restantes esferas de la vida económica, integrando las diferentes fuerzas sociales¹.

En lo que respecta más directamente al contexto geopolítico latinoamericano lo que se visibiliza con más fuerza es un creciente divorcio entre Estado y sociedad que compromete la sostenibilidad de su desarrollo en cualquiera de los ámbitos, especialmente del cultural. Las políticas neoliberales en su globalización agravan las tensiones entre un Estado convertido en intermediario de los mandatos del FMI, el BM y la OMC, y una sociedad cada día más desigual y excluyente, con porcentajes crecientes de población por debajo de los niveles de pobreza y con millones de habitantes obligados a emigrar hacia USA y Europa. Al erigirse en agente organizador de la sociedad en su conjunto, el mercado

¹ Nótese cómo el Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, UNESCO, 1995, expresó con claridad que: “El desarrollo disociado de su contexto humano y cultural es crecimiento desprovisto del alma. El florecimiento del desarrollo económico forma parte de la cultura de un pueblo, aunque no sea esta la opinión común”.

está redefiniendo en los países latinoamericanos la propia misión del Estado, y ello mediante una reforma administrativa con la que, a la vez que se le marcan metas de eficacia, cuyos parámetros, eminentemente cuantitativos e inmediatistas provienen del paradigma empresarial privado, se le des-centraliza pero no en el sentido de una profundización de la democracia sino en el debilitamiento como actor simbólico de la cohesión nacional. (Martín-Barbero 2002).

Para concebir la cultura como elemento potenciador del desarrollo, por considerarla como un eje transversal que atraviesa toda la sociedad, es indispensable aproximarse a una definición de cultura donde aflora en toda su diversidad el papel que a ella le corresponde en la sociedad. Nuestra visión transita por las concepciones que ven a la cultura vinculada a los problemas económicos, sociales, políticos ideológicos, morales, ecológicos e históricos, que interactúan permanentemente en el seno de cualquier formación económico –social.

La globalización en los países de América Latina es vista desde el ámbito de la apertura nacional, requerida por la hegemonía neoliberal y el de la integración regional necesaria para formar parte del competitivo mercado mundial. Estos dos escenarios son imprescindibles para ingresar a la sociedad del mercado, exigencia para entrar a la “sociedad de la información”. La apertura económica implica la disgregación social y de la política nacional. Los proyectos de emancipación social no son respaldados por las lógicas de una competitividad cuyas reglas las pone el mercado, convertido en principio organizador de la sociedad y dejando al Estado fuera de este campo de actuación. No es posible construir desarrollo en nuestros

países donde la polarización social se profundiza y sitúa a amplios grupos poblacionales por debajo de los niveles de pobreza. Las instituciones políticas y económicas no logran solucionar los procesos de concentración del ingreso, ni la reducción del gasto social, ni el deterioro de la esfera pública. De esta forma los proyectos sociales no tienen viabilidad si los organismos financieros transnacionales sustituyen a los Estados en la planificación del desarrollo

La relación cultura- desarrollo plantean hoy un horizonte de exigencias cruciales, en primer lugar, si el desarrollo implica planeación, son los modelos y los procesos de planeación los que deben cambiar para dar entrada a las diversas culturas y países en el mundo global. Las diferentes estrategias de desarrollo han interrelacionado tres objetivos:

- ✚ *El crecimiento material, basado en la modernización y la imitación de los países de occidente*
- ✚ *El desarrollo es un proceso continuo con etapas, lo que permite hablar de primer, segundo y tercer mundo.*
- ✚ *Se trata de un desarrollo centrado en lo material. (Azmitia, 2004)*

La economía capitalista no garantizará el desarrollo de la humanidad pues no tiene en cuenta las pérdidas, en términos culturales y humanos, de su propia expansión, no sólo, no garantiza el desarrollo prospectivo de la humanidad, sino que, como sistema, pone en riesgo la propia existencia de la humanidad.

El capitalismo ejerce todo su poder y fuerza para barrer todo lo que le estorbe en el camino. (Castro, 1999).

Cuando la cultura y los modelos de desarrollo han ignorado lo cultural, los procesos han fracasado o no han tenido el éxito que se esperaba, ya que cuando éste se separa del sentido de lo humano y cultural, pierde su esencia, su misión ontológica. El desarrollo no puede asociarse a cosas materiales sino a desarrollar todo el complejo de la vida material para dotar al ser humano de una vida sana larga y duradera.

La cultura al servicio del desarrollo social es la vida misma, un complejo de ideas y productos materiales de un grupo social que da sentido a su existencia; es todo: ideas, sueños, pesadillas, cómo vemos el mundo, cómo nos ubicamos, lo que pensamos de nosotros mismos, las ideas que tenemos de sí mismo, la identidad, determinada culturalmente, las contradicciones, valores y normas.

La cultura es un proceso dinámico que heredamos y al que no podemos atribuir valores y normas fijas, ni una ley universal con variables estáticas. La cultura consiste en significados, que las personas producen activamente, partiendo de sus experiencias y relaciones sociales, por eso, es también un espacio de luchas y contradicciones donde se manifiestan las expectativas e intereses de las distintas clases sociales que integran la sociedad.

Frente a la transformación del sentido y del lugar de la cultura en el mundo, mediante la intensificación de los flujos y los intercambios, los acercamientos y los alejamientos, el mercado y las tecnologías emerge el proceso de la cultura en las sociedades latinoamericanas y del Caribe, constituyéndose en un escenario de construcción de proyectos socioeconómicos de las colectividades mediante la posibilidad de renovar el

uso de sus patrimonios convirtiéndolos en recursos económicos y en un área de coyuntura que de paso a un enlace productivo de lo local y lo global

(...), las sociedades de la región viven también a su modo las transformaciones mundiales que asocian un nuevo modo de producir a nuevo modo de comunicar que, como afirma M. Castells, convierte a la cultura –la humana facultad de procesar símbolos– en una fuerza productiva directa (Martín Barbero, 2010, pág. 296)

Referencias

- Azmitia, O. (2004). Cultura y desarrollo. *Revista Trimestral Latinoamericana*, 32-49.
- Cassier, E. (1979). *Symbol, Myth and culture*. New Haven: Yale University.
- Eliot, T. S. (2003). *La unidad de la cultura europea: notas para la definición de cultura*. Madrid: Instituto de estudios europeos y ediciones Encuentro S.A.
- Malinowski, B. (1973). *Una teoría científica de la cultura*. Barcelona: Edhasa.
- Martín Barbero, J. (2002). Las transformaciones del mapa: identidades, industrias y culturas. En M. Garretón, *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado* (págs. 296-321). Bogotá, Colombia: Convenio Andrés Bello.
- Martin-Barbero. (2007). *La comunicación en la cultura: una agenda para la formación y gestión*. Belda-Martinell-Vila ed.
- Martín-Barbero, J. (2000). *Culturas/tecnicidades/comunicación*. Guadalajara: OEI.
- Martín-Barbero, J. (2010). Comunicación y cultura mundo: nuevas dinámicas mundiales de lo cultural. *Signo y pensamiento*, 19-34.
- OEI. (2001). *campus.oei.org*. Obtenido de Organización de estados Iberoamericanos: <http://campus-oei.org/cult001.htm>
- OEI. (22 de Marzo de 2013). *Scribd*. Obtenido de Formación en Administración y Gestión Cultural Primera Entrega: <https://es.scribd.com/document/131748002/formacion-en-administracion-y-gestion-cultural-pdf>
- Ruiz, L. (2000). *Un examen comparado*. México D.F.: Océano.

Rousseau, B., & Navarro, L. (2010). LA CULTURA COMO LA HUMANA FACULTAD DE CONSTRUIR SÍMBOLOS: UNA PROPUESTA PARA PENSAR LA CIUDAD COMO TEXTO. *Amauta*, 21-31.

Sánchez, M. (8 de Mayo de 2011). *Scribd.com*. Obtenido de El concepto actual de cultura: Clifford Geertz y la hermenéutica antropológica:
<https://es.scribd.com/doc/54969861/El-Concepto-Actual-de-Cultura>

Scheller, M. (1999). *El saber y la cultura*. Barcelona: elalphabet.

UNESCO. (1995). *Informe de la comisión mundial de cultura y desarrollo*. Paris: UNESCO.